

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

TEJEMANEJES EN TORNO AL SAHARA OCCIDENTAL

Es de presumir que, para el historiador del futuro, la ONU, sus estructuras, vetos, funcionamiento, resoluciones y resultados prácticos serán tema de inagotables sorpresas y perplejidades, cuando no de ironías o sarcasmos. El comentario viene a cuenta del proyecto de resolución sobre el Sahara occidental, elaborado por Marruecos y Mauritania, que el 4 de diciembre empezó a circular en la IV Comisión de la Asamblea general de ese organismo. Mucho trabajo cuesta imaginar el arabesco mental que ha permitido a Marruecos llegar a un acuerdo amistoso con Mauritania, durante lustros considerada como «una provincia más del reino jerifiano» y artificiosa creación de Francia, pero el hecho es que, al unísono, ambos países se preocuparon de que el Tribunal Internacional de Justicia dictaminara «cuáles eran los vínculos jurídicos de este territorio con el reino de Marruecos y con el conjunto mauritano». Aparte de la equívoca mención de «las poblaciones del Sahara», suena a gato encerrado la expresión «conjunto mauritano» en lugar de República Islámica de Mauritania o Mauritania a secas, a un tiempo que la pregunta deja traslucir una esperanza de anexión pura y simple, de la que no se evidencia qué provecho sacaría ese «conjunto mauritano» reivindicado airadamente por Marruecos hasta la Conferencia de Nuakchott y los cubileteos de Hassan II y el presidente Uld Daddah. En todo caso, las dudas que Marruecos y Mauritania pretenden despejar en La Haya no tomaban en cuenta a los saharauis, por cuya «descolonización» han venido clamando sucesivas resoluciones, lo que supone un planteamiento totalmente nuevo de la cuestión del Sahara occidental. Con todo, después de muchos dimes y diretes, discursos y debates propios del caso, logró imponerse el criterio del grupo africano de tener en cuenta la voluntad de los habitantes del territorio amenazado de reparto o anexión.

Este criterio, superpuesto a la petición de dictamen de La Haya, con-

forma una resolución singularmente contradictoria, «jurídicamente irrelevante», como dijera el embajador señor Piniés. Porque si a los saharauis se les reconoce el derecho a autodeterminarse, huelga lo que opine el Tribunal Internacional de Justicia. Ya expresarán por qué camino quieren tirar. Si no tienen capacidad jurídica para autodeterminarse, ¿a qué viene reafirmar «el derecho de las poblaciones del llamado Sahara español a la autodeterminación conforme a la Resolución 1.514, de 14 de diciembre de 1960»? No es ésta la única incongruencia de un caso en que también se ha visto a los Estados Unidos, uno de los grandes hinchas de la descolonización, cuyas aplicaciones prácticas bien conoció España en Cuba y Filipinas, apoyar sin reservas la tesis marroquí, que implica un absoluto desprecio de los «colonizados»; por cierto, «colonizados» por un país con el que ha suscrito acuerdos todavía en vigor y, por consiguiente, «amigo», ya que un acuerdo ejecutivo no da categoría de aliado. El pueblo de ese país «amigo» hubiera apreciado que el cabeza de fila del llamado mundo libre apoyara la justa postura de España, tan justa que, sencillamente, se atiene a resoluciones de la ONU, que de pronto, en un medio borrón y media cuenta nueva, pretende conciliar un propósito de «descolonización» y otro de «recolonización». Si «el corazón tiene razones que la razón desconoce», hay que admitir que «el fosfato tiene atractivos que la lógica desconoce». Lo más positivo del tinglado de la Resolución 3.162, votada el 10 de diciembre, es que permitirá al Tribunal Internacional de Justicia ejercer en materia de dictámenes una actividad que puede calificarse de muy moderada. En efecto, desde su creación en 1946, y hasta 1971, sólo dio su opinión consultiva en catorce casos. No tiene, pues, exceso de trabajo y podrá evacuar urgentemente la consulta, como se le solicita.

No puede prejuzgarse el resultado de una consulta presentada ante el Tribunal de La Haya mediante votos en los que ha enredado una gran potencia, aun cuando todo parezca encarrilado a complacer ansias anexionistas de las que esperan sacar tajada en los fosfatos de Bu-Craa los grandes tiburones de las finanzas y la economía. Sin embargo, les convendría hacer alto ante lo sucedido a la gran mina de hierro mauritana de Zuerat, mejor dicho, a la empresa MIFERMA (Société des Mines de Fer de Mauritanie), nacionalizada el 28 de noviembre último. El enorme yacimiento de hierro de Zuerat dio pie a la creación por Francia, con capital preferentemente galo, pero también alemán, británico e italiano, de esa sociedad en la que el gobierno mauritano sólo tenía el 5 por 100 del capital. A su

vez, esa empresa, cuya producción anual es del orden de diez millones y medio de toneladas de hierro, fue el pedestal sobre el que Francia alzó la estatua de una República Islámica Mauritana, cuya viabilidad quedaba asegurada por los impuestos que abona MIFERMA, que representan el tercio del presupuesto nacional, y emplea a unos 5.000 mauritanos. En estas condiciones, Mauritania se echó a la mar de la independencia, pero conservando la amarra de su pertenencia a la zona del franco. La rompió en 1973 al crear una moneda nacional. De hecho, era el segundo paso hacia el objetivo de la nacionalización de su hierro y, eventualmente, de su cobre; siendo el primero la creación, en 1972, de la Société Nationale Industrielle et Minière, especie de SONATRACH, cuya actividad es bien conocida —y padecida— de las sociedades petroleras francesas, por muy parapetadas que se estimaran detrás de los acuerdos de Evian. Pues bien, el 28 de noviembre, fiesta nacional de Mauritania, el presidente Uld Daddah ha obsequiado a su pueblo con esa nacionalización, estimada «un derecho y un deber» y refrendada acto seguido en sesión extraordinaria del Parlamento, de suerte que ahora el gobierno mauritano puede considerarse «verdaderamente independiente». Ciertamente, el gobierno de Nuakchott se ha declarado dispuesto a abonar a los accionistas «compensaciones razonables», fórmula un tanto vaga por cuanto no está definido en términos contables qué es lo «razonable» en materia de compensaciones. De momento, técnicos e ingenieros pueden permanecer en sus puestos por razones obvias de imposibilidad de sustituirlos con nativos, pero todo se andará.

Lo sucedido en Mauritania, país débil si lo hubo, es claro exponente de que los países del Tercer Mundo han adquirido clara conciencia de la fuerza potencial que supone disponer de materias primas que el mundo industrializado necesita más perentoriamente que ellos necesitan el desarrollo. Muestra además que esos países no están escasos de asesoramientos técnicos y diplomáticos y, en el caso de Mauritania, de apoyo político de los grandes de la arabidad, sin excluir la ayuda financiera. Porque por grandes que parezcan las divergencias en la familia árabe, no impiden la solidaridad frente a tercero.

SIEMPRE EL PETRÓLEO

No se vio claramente en qué hilo político Henry Kissinger enhebraba las diversas cuentas del viaje iniciado a finales de octubre por diversas capi-

tales de Asia y Europa. Entonces, maliciosos comentaristas sacaron la conclusión de que ponía tierra por medio en espera de que amainase el temporal desencadenado contra él en los Estados Unidos por el regalo de 50.000 dólares que Nelson Rockefeller hiciera en su día a su asesor diplomático, por su torpeza en la cuestión de Chipre y, finalmente, por la implicación de la CIA en el golpe de Estado de Chile, a requerimiento, al parecer, del Comité de los Cuarenta, que supervisa Kissinger y asesora la Casa Blanca en materia de política exterior desde los tiempos del presidente Kennedy. Fuera o no fuera ésta la razón del largo nomadeo de Henry Kissinger, lo que sí parece claro es el objetivo del viaje que hizo a Irán a primeros de noviembre: conseguir una rebaja del petróleo. A mala puerta fue a llamar, sobre todo si confiaba en una rebaja que no afectase los beneficios de las sociedades petroleras. Porque mientras Arabia Saudita venía diciendo con la boca chica que podría reducirse en un dólar el precio del barril, Irán se mantenía firme y preparaba la propuesta que se ha discutido en la XLII Conferencia ordinaria de los trece miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), iniciada el 12 de diciembre en Viena.

Tal propuesta figuraba en primer lugar en el orden del día y se refería a un nuevo sistema de fijación de precio del barril de petróleo de 159 litros, o sea, a la implantación de un precio único de referencia destinado a sustituir el complicado sistema anterior, muy propio para tergiversar la realidad de los costos. La simplificación, dijo el ministro saudí del petróleo, podía permitir que el petróleo llegara rebajado al consumidor, a un tiempo que aumentaba la parte correspondiente a los países productores. Es decir, las excelencias del sistema propugnado por Irán. Su único inconveniente, que es de bulto, es que los resultados perseguidos habrían de pasar por un perjuicio causado a los cuantiosos beneficios de las sociedades, cuya postura en el problema energético es tan fundamental como la postura de los países productores, aunque, por un curioso fenómeno, la tuerta información sólo clava el ojo en los petrodólares que embolsan los productores. De otra parte, siempre por iniciativa de Irán, primer país en apoyar en el acelerador de los precios en la Conferencia de Teherán de 1971 y que llevó la voz cantante en Viena, se discutió la inclusión de una tasa compensatoria de la inflación occidental. Era entrar acaso en un círculo vicioso, por cuanto los países consumidores industrializados claman que la causa de la inflación que padecen es precisamente la elevación brutal del coste del petróleo. Pero esa propuesta iraní no prosperó a nivel de decisión de la OPEP, aunque

quedó pendiente de negociación en el marco del diálogo preconizado por Francia entre países productores y países consumidores. Por consiguiente, el nuevo precio del crudo, que supone un aumento de 38 centavos de dólar por barril (4 por 100), se adoptó exclusivamente a la cuota de crecimiento inflacionista que ha calculado la OCDE. Es decir, que ese aumento de 21 pesetas por barril fija el precio estándar de petróleo «ligero golfo» o «ligero árabe» del Medio Oriente en 10,16 dólares, a despecho de la resistencia al aumento de Arabia Saudita, de otra parte inclinada a la cooperación entre productores y consumidores de petróleo, a fin de organizar la inversión o *recyclage* de los petrodólares, que amenazan a un tiempo con arruinar al mundo occidental—concretamente a Europa—y dejar a los países productores rebosando dinero, desde luego, pero con una clientela con poder adquisitivo singularmente mermado. El sensato y precavido criterio de los sauditas no ha hallado en Viena oídos de mercader. Tal sugiere la decisión adoptada de celebrar el 8 de enero una nueva reunión de la OPEP en Argel para elaborar una política petrolera con los países consumidores con vistas a la solución de la crisis, con asistencia no sólo de los ministros de Hidrocarburos, sino también de Asuntos Exteriores.

Por significativo, es de destacar este propósito de diálogo que apunta a la cooperación con los países consumidores, del que es evidente prueba el reciente viaje a España del vicepresidente del Consejo del Mando de la Revolución iraquí, Saddam Hussein Takriti. Es un diálogo que, en definitiva, tiende a marginar a esos tentaculares intermediarios que son las sociedades petroleras multinacionales. Hoy por hoy, sus servicios son poco menos que indispensables para comercializar el crudo, pero los países productores se afanan por crear condiciones que los hagan innecesarios y que no se limitan a la nacionalización de los yacimientos. Es objetivo que sólo puede lograrse contando con la cooperación del mundo industrializado. Es ambición a la que pocas objeciones desapasionadas pueden hacerse, pero el perjuicio que causará a las sociedades petroleras explica el tendencioso esfuerzo para concentrar las iras de los consumidores en los países productores y conseguir que se adopten medidas destinadas a organizar frente a la OPEP, y más aún frente a la OPAEP, en orden de batalla, una especie de anti-OPEP que, en caso de salir airosa del enfrentamiento, aseguraría a las sociedades las ventajosas posiciones que ocupan en el complejo ámbito de la energía.

Porque si la espectacular subida del precio de los crudos, en menos de un año, ha triplicado los ingresos de los países productores, que han recu-

perado así beneficios no conseguidos en años anteriores, lo que los franceses llaman *manque à gagner*, ¿qué ha sucedido con las sociedades petroleras? La suma de los beneficios en 1970 de Exxon, Gulf, Mobil, Socal y Texaco fue de 3.619 millones de dólares, y en 1973, de 6.218,8 millones de dólares, mientras los datos relativos al primer trimestre de 1974 reflejan los beneficios incrementados del 150 por 100 y más sobre el mismo período del año anterior, según da a conocer en su reciente obra *Economía del petróleo* el subdirector del Departamento de Estructura Económica de la Universidad Autónoma de Madrid, Roberto Centeno. O sea, que a la multiplicación por tres de los beneficios de los productores responde como un eco ampliado la multiplicación de los beneficios de las sociedades petroleras en inferior período de tiempo. Se evidencia que sólo mirando el problema energético con ambos ojos cabe enjuiciarlo honestamente.

A raíz de la decisión de aumento del precio del crudo adoptada en Viena, dirigentes de sociedades petroleras se apresuraron a manifestar compungidos que no tenían otra alternativa que aumentar a su vez el costo del petróleo a los consumidores. No se tiene noticia de que los gobiernos de países consumidores hayan puesto el grito en el cielo, tal vez escarmentados por las derrotas sufridas en anteriores choques con las sociedades petroleras, que en su gran mayoría cuentan con el respaldo de los Estados Unidos, donde tienen vara alta y que no padece con exceso la crisis energética que provoca la anemia económica de Europa y Japón. Tampoco han resollado los medios informativos ni protestado de esta subida de precio acumulada. Únicamente el Tribunal alemán de Defensa de la Competencia ha conminado a las sociedades Esso, BP y Aral a que expliquen los motivos del aumento de dos céntimos de marco por litro de gasolina, decretado no bien se conociera el nuevo precio del petróleo. Explicaciones no faltarán. De lo que cabe dudar es de que haya resultados prácticos en beneficio del consumidor y de que ese quijotesco Tribunal tenga mayor fortuna que los gobiernos para meter en cintura a las sociedades petroleras, cuyos intereses, capacidad de presión y medios defensivos y ofensivos constituyen gran parte de la urdimbre de muchos sucesos y rumbos de la actual política internacional.

¿NUEVOS RUMBOS DE LAS RELACIONES FRANCO-NORTEAMERICANAS?

«Más vale caer en gracia que ser gracioso», dice acertadamente un refrán tan aplicable a las personas como a las naciones. Así Francia, a despecho

de impertinencias, desplantes, desaires y hasta mal disimuladas hostilidades, cae en gracia a aquellos a quienes más zahiere y mortifica. Tal demuestra el encuentro en la «cumbre» Ford-Giscard d'Estaing iniciado el 15 de diciembre en la Martinica. Por lo pronto, mientras la mayoría de los jefes de gobierno o Estado europeos y no europeos se trasladan a territorio norteamericano para dialogar con el jefe del ejecutivo, el presidente francés ha conseguido que el presidente de los poderosos Estados Unidos saliera de su país para reunirse con él en territorio que, por muy ultramarino que sea, es un departamento francés. De otra parte, aunque no haya quedado del todo claro que el presidente Giscard d'Estaing ostentara un amplio mandato para representar a la Comunidad Europea, de hecho no sólo pareció que hablaba en nombre de los Nueve, sino que lo hizo de potencia a potencia, cual si la Europa unida fuera una realidad política.

Aun antes del encuentro se dijo a saciedad que los dos jefes de Estado llevaban en carpeta y como cuestión de primordial importancia el problema del petróleo, que, por ser político a un tiempo que económico y no matemático, no tiene una sola solución, si es que tiene alguna. Desde la Conferencia de la Energía, celebrada en Washington en el pasado febrero, es bien sabido que Francia está en desacuerdo con el proyecto de Henry Kissinger de crear un frente unido de países consumidores contrapuesto al frente unido de productores, que es la OPEP. Francia estimó que semejante enfoque del problema desembocaba en el enfrentamiento y abogó por una Conferencia Mundial de la Energía con tres componentes: productores, consumidores y países subdesarrollados, aparte de negociaciones bilaterales a nivel estatal, camino que diversos países de la CEE no se han privado de recorrer, Francia en primer término, movilizándolo incluso a finales de diciembre a su primer ministro, Jacques Chirac.

Con todo, el 15 de noviembre pudo pensarse que los Estados Unidos habían llevado el gato al agua, ya que el grupo de los Doce, ampliado hasta diecisiete, entre ellos España, se insertó en la OCDE con el nombre de Agencia Internacional de la Energía, previa firma de un acuerdo, ya perfeñado desde el mes de agosto. De dar crédito a las declaraciones de Thomas Enderson, secretario de Estado adjunto para asuntos económicos y comerciales, su objetivo esencial es estar en condiciones de hacer inoperante un embargo de fondo político que, sea dicho de paso, no padeció España. Este propósito defensivo confiere un carácter político a ese apéndice de la OCDE que es la Agencia y cierta supeditación a las iniciativas de Washington,

artífice de esa Agencia y su timonel, debido al peculiar sistema de votos otorgados a cada país en función de su consumo nacional. España, se supone, ocupará el séptimo u octavo lugar en esa pirámide consumista que institucionaliza lo que puede calificarse de democracia dictatorial, sumamente eficiente caso de aplicarse una estrategia antiembargo en términos coactivos. De momento, el problema no se plantea. Antes bien, junto con la investigación de nuevas fuentes de energía, la Agencia pretende cultivar el diálogo con los países productores.

En este punto, la Agencia o, más exactamente, los Estados Unidos, está de acuerdo con Francia, aunque ésta siga en sus trece de que el diálogo entablado por los consumidores del mundo occidental, actuando en orden cerrado, tiene visos de son de guerra. De ahí su empeño por una Conferencia mundial en la que los países subdesarrollados desempeñaran el papel de tercero en discordia o amortiguadores en el choque de intereses contrapuestos. Es decir, que existía una cierta coincidencia o base en la que asentar una solución de compromiso, merced a la cual, tesis que parecía contrapuesta, ha pasado a ser compatible, llegando los dos presidentes a la decisión de que en marzo de 1975 se celebre una reunión preparatoria de conferencia propugnada por Francia. Si ésta no ha logrado torpedear la Agencia Internacional de la Energía, que sigue y seguirá en pie, tampoco se ha visto constreñida a renunciar a su proyecto, que, antes bien, se ha consolidado. Se ha dicho que en la cuestión de la energía no ha habido en la Martinica ni vencedor ni vencido. De todos modos, Francia resulta algo más vencedora, ya que no salió vencida, a pesar de las condiciones de aislamiento en que ha mantenido combate contra la tesis norteamericana, a la que se han doblegado los demás países europeos. Ello no pretende decir que Francia puede cantar victoria. Aparte de eventuales tácticas dilatorias para aplazar la conferencia tripartita de la energía o de iniciativas basadas en el empleo de la fuerza, queda por llegar a un acuerdo sobre los países que tomen parte en ella, llegada la hora de convocarla. De surgir discrepancias entre Washington y París a este respecto, puede adelantarse que los países de la CEE alistados en la Agencia y afectados por lo que puede llamarse «el complejo de Plan Marshall» no se pondrán al lado de Francia, que no por ello entregará las armas.

En realidad, aunque tal deseo estuviera en el ánimo del presidente Giscard, habría de resistirlo por motivos de política interior. La muy aireada «reconciliación» con los Estados Unidos ya supone un riesgo para él, por cuanto

su gobierno se apoya en una mayoría parlamentaria fiel a la tesis de independencia del general De Gaulle, mantenida por el presidente Pompidou. La compensación a los Estados Unidos de 100 millones de dólares por gastos de evacuación de las tropas norteamericanas del territorio francés a raíz de la retirada de Francia de la OTAN ha debido de estimarse una crítica de la política gaullista por esa mayoría. La poderosa izquierda francesa también comparte ese criterio. Es decir, que, junto al resultado positivo de haber sacado adelante la conferencia tripartita de la energía y, en suma, haberse puesto al par con los Estados Unidos, junto con los demás países de la CEE, el presidente Giscard d'Estaing ha cosechado en la Martinica elementos negativos susceptibles de hacer difícil su acción presidencial, aunque el primer ministro, Chirac, durante su ausencia, se ha hecho con la Secretaría de la UDR, mayoritaria, lo que supone teóricamente dominarla y poder gobernar sin sobresaltos. El tiempo dirá si la teoría coincide con la realidad.

UNA NUEVA NACIÓN SALE A LA PALESTRA INTERNACIONAL: COMORES

En el océano Indico, al noroeste de Madagascar y de cara a Mozambique, una nueva nación, carente de todo antecedente histórico, está a punto de salir a la palestra internacional: el archipiélago de Comores. Ello no equivale a decir que en el transcurso de los siglos ese grupo de islas haya quedado al margen de luchas, flujo y reflujo de conquistadores y sucesivas migraciones, lo que explica la diversidad de etnias representadas en sus 200.000 habitantes: cafres, de ascendencia árabe, procedentes del golfo Pérsico y del mar Rojo; malgaches, hindúes y una minoría de franceses. El claro predominio no es sólo musulmán, sino árabe, al extremo de que se haya considerado el ingreso en la Liga Árabe de la nueva nación, cuya superficie total no rebasa los 2.216 kilómetros cuadrados.

Prescindiendo de remotas vicisitudes derivadas de luchas entre los ribereños e insulares del océano Indico, Mayotte, la más importante de las cuatro islas del archipiélago, pasó a ser del dominio de Francia en 1841. En 1886, coincidiendo con el protectorado impuesto por Francia a Madagascar, Gran Comores, Moheli y Anjuan, o sea, todo el archipiélago, quedó anexionado y, anexionado a su vez Madagascar en 1896, vinculado a esa gran isla. Administradas las Comores por Vichy a raíz de la derrota gala en la II Guerra Mundial, fueron ocupadas en 1943 por los británicos, que también ocuparon

Madagascar. Sólo en 1946 volvieron a la jurisdicción de Francia, que reconoció a las Comores la autonomía administrativa que les había otorgado Gran Bretaña. El referéndum de 1958, convocado por el general De Gaulle con vistas a crear una gran Comunidad francesa, convirtió las Comores en territorio de ultramar, dotado de autonomía interna en 1961. Para las furias independentistas eran lazos demasiado prietos, singularmente considerando la independencia que Madagascar alcanzó un año antes. Entonces se inició la campaña en pro de la independencia, aunque en términos discretos. Borrado del mapa el vasto imperio colonial francés, sobre todo independizada Madagascar, de la que el archipiélago de Comores es una avanzadilla con dirección a Africa, se imponía el escaso interés político y estratégico que para Francia tenían esas islas, situadas a más de 8.000 kilómetros de la metrópoli, y por remate, pobres, por cuanto lo más destacado de la producción de su suelo volcánico se reduce a café, cacao y vainilla. De ahí que París no se aplicara a hacer ver a los habitantes de las Comores la conveniencia de seguir vinculados a Francia. Por el contrario, no dio sino facilidades para someter a referéndum el futuro del archipiélago, concertándolo de acuerdo con el Consejo de Gobierno de las Comores, presidido por el líder Ahmed Abdul-lah, presunto jefe del nuevo Estado miniatura. Es decir, que Francia ha quedado bien de cara a los furibundos descolonizadores, sin perjudicarse desde un punto de vista nacional, que ha quedado reducido a las dimensiones del hexágono.

El previsto referéndum se ha celebrado el 22 de diciembre, con el resultado de un abrumador 95,56 por 100 de votos favorables a la independencia. No ha causado ni sorpresa ni disgusto a Francia, que se ha limitado a tomar buena nota de ese deseo casi unánime de independencia, que, para ser efectiva, precisa el trámite puramente formal de la ratificación por el Parlamento francés. El único inconveniente surgido es un 4,4 por 100 de boletines que en Mayotte han optado por conservar lazos administrativos con París y hasta convertirse en departamento francés, como, por ejemplo, la Martinica o la Reunión. Casi todos los aproximadamente 1.000 franceses residentes en las Comores habitan Mayotte. Ello explica esa minoritaria resistencia a no saborear las mieles de la independencia, preñada de incertidumbres, económicas en primer término. Conocidos los resultados del referéndum, esa resistencia no se ha limitado a ser pasiva. En efecto, ha dado pie a que se produjeran en Mayotte disturbios, manifestaciones y protestas de orden diverso, destinados a hacer patente el deseo de esa isla de

desligarse de la suerte del resto del archipiélago, aunque éste sea un todo difícilmente divisible. No cabe, pues, que ese propósito pueda prosperar, por más que los habitantes de Mayotte aleguen que miles de electores de esa isla se vieron privados con alevosía y premeditación de sus tarjetas de electores, por lo que no pudieron votar, lo que falsea el resultado del referéndum. Pero aun cuando el Consejo Constitucional francés atendiera sus reclamaciones y anulase el referéndum del 22 de diciembre, todo sugiere que a la postre los independentistas se saldrían con la suya, nada preocupados por las no muy claras perspectivas de futuro económico y, por ende, político de las Comores, por las que Libia da muestras de interés.

Es de presumir que no sólo Libia se interesará por esas islas, que dominan el canal de Mozambique y ocupan una posición de primer orden frente al Africa oriental, dada singularmente la atención que las superpotencias prestan a toda posibilidad de tomar posición en el océano Indico, nuevo escenario de sus rivalidades, que no son meramente dialécticas. Tal pregona el drama de Etiopía. Instalada una base norteamericana en el islote de Diego García, del archipiélago de Chagos, prácticamente en el centro del océano Indico, mientras la URSS, sin tener oficialmente bases en esas áreas, dispone de puertos en Somalia, Bangla Desh, Yemen del Sur e Iraq, no lleva trazas de suspenderse la pugna entre las dos superpotencias por asegurarse puntos de apoyo en una región objeto de sus ambiciones de predominio. Desamparado por Francia el archipiélago de Comores, puede adelantarse que su independencia originará luchas de facciones, intrigas y acaso sangrientos enfrentamientos, al socaire de líderes que combaten por hacerse con el poder; en realidad, de luchas entre las superpotencias para incluir a Comores entre las cartas de que quieren disponer para la gran partida a jugar en el océano Indico, partida que torna aún más tensa e importante la independencia de Mozambique.

LA CONFERENCIA LUSO-ANGOLEÑA DE PENINA

Si bien la democracia se va perfilando en Portugal desde el 25 del pasado abril lentamente y con rasgos un tanto confusos o ambiguos, la descolonización ha avanzado a galope tendido, al extremo de que a finales de 1974 Guinea-Bissau, Santo Tomé, Príncipe y Mozambique eran independientes o camino de serlo a corto plazo, con excepción de Cabo Verde, que es harina

de otro costal. Quedaba el rabo por desollar, Angola, en la que no sólo han actuado tres movimientos de liberación más o menos rivales, sino que se registran enfrentamientos y escisiones en el seno mismo de uno de ellos, el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) de Agostinho Neto, tal vez más importante que el Frente Nacional de Liberación de Angola de Holden Roberto y, desde luego, que UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola) de Jonás Sawimbi, la organización más moderada y razonable, lo que ha constituido para ella un factor de desprestigio y sospecha. Si a estas dificultades básicas para encontrar un interlocutor se agrega que Angola es de todas las antiguas provincias portuguesas en Africa la más rica en recursos naturales, se impone el problema que ha constituido concederle la independencia. Por si fuera poco, en la región de Angola donde existe mayor concentración de riqueza del subsuelo, en particular petróleo, y que se inserta geográficamente entre el Congo Brazzaville y Zaire, ha surgido después del 25 de abril un movimiento llamado Frente de Liberación del Enclave de Cabinda (FLEC), capitaneado por Luis Raque Franque, contra el que arremeten, todos a una, los movimientos de liberación propiamente angoleños, que, ni por soñación, están dispuestos a prescindir de esa rica parte del territorio, que ha dado señales de pretender la independencia al estilo rhodesiano con un incipiente Frente de Resistencia de Angola, agrupado con la Unión Nacional de Angola (UNA), cuyo jefe es Angelino Alberto, antiguo lugarteniente de Holden Roberto, con el que rompió estrepitosamente. Estos compendiados antecedentes permiten formarse idea del acopio de voluntad, buena voluntad y paciencia que ha tenido que hacer Portugal para conseguir que el 10 de enero los representantes del MPLA, del FLA y de UNITA iniciaran negociaciones con los representantes portugueses.

La Conferencia de Penina se ha celebrado excluyendo los buenos oficios de terceros países, como en anteriores ocasiones, por cuanto al tratarse de Angola se corría el riesgo de que diversos terceros pugnarán entre sí para llevar «su» gato al agua. Lo más notable de esas conversaciones, además de reunir exclusivamente a antiguos enemigos, es que los tres movimientos independientes se presentaron a la mesa de negociaciones constituyendo un frente único, o sea, ese único interlocutor que había venido buscando Portugal. El acuerdo auspiciado por el presidente Mobutu entre el FNLA y UNITA —organización ésta que ha ingresado en el seno de la OUA— fue preludio de la unión más completa lograda en la «cumbre» de Mombassa (Kenya), en reunión de las tres organizaciones celebrada entre el 3 y el 5 de

enero. Allí se definió una «plataforma común» antes de dialogar con los portugueses. Tres son los documentos «históricos» redactados con aquel motivo. Dando por sentado el logro de la independencia, consideraban en primer término la constitución de un Gobierno de transición—como ha sido el caso en Mozambique—, pero sin perder de vista la «determinación de salvaguardar la integridad territorial de Angola». Es decir, que las pretensiones independentistas del FLEC—por tanto, de Cabinda— quedan excluidas del programa de futuro centrado en «la unidad del movimiento de liberación», una vez dados al olvido enfrentamientos, disensiones y hostilidades, lo cual no es una garantía absoluta de que no rebroten en su día. Reconciliados los tres movimientos, por ser condición indispensable para alcanzar la independencia, parece quedar en la cuneta Daniel Chipenda, disidente del MPLA y jefe de la «revuelta del Este», así llamada por ser la de los combatientes del Este y de ciertos grupos étnicos de aquella región que controla, extremo que podría tener incidencia en el desarrollo de la situación, bien de transición, bien de independencia.

Al parecer, ninguno de estos factores ha motivado la prórroga de la Conferencia de Penina hasta muy última hora del 16 de enero, en que se dio a conocer que, según el acuerdo firmado por los representantes de los tres movimientos y la delegación portuguesa, la independencia total de Angola tendrá lugar el próximo 11 de noviembre. Hasta tanto se formará un gobierno de transición presidido en forma colegiada y rotativa por elementos de los tres partidos de la independencia, que, asimismo, se repartirán los 12 Ministerios, de los cuales sólo cuatro—y no Ministerios políticos, sino técnicos— corresponderán a portugueses. De otra parte, el acuerdo prevé el respeto «de los bienes y los intereses portugueses» y la presencia en Angola—hasta la proclamación de su independencia—de determinadas fuerzas militares portuguesas, lo que no deja de ser una garantía para la población blanca.

Estos son los puntos más destacables de un acuerdo que comprende 11 capítulos y 60 artículos. Es evidente que se ha tratado de no dejar ningún cabo suelto, y que el acuerdo se ha firmado en un ambiente de buena voluntad, comprensión e incluso amistad. No es un caso único en circunstancias similares. Lo que sí sería poco menos que único es que lo minuciosamente considerado, debatido y acordado para la Angola en trance de independencia o independiente coincida más adelante con la realidad, o sea, que no haya mucho trecho del texto al hecho. Por ejemplo, de hechos excluidos del acuerdo de Penina, cual la negativa del FLEC de Cabinda

de aceptar lo acordado en la Conferencia luso-angoleña o la puesta en cuestión por Daniel Chipenda de la capacidad representativa de Agostinho Neto, acusado de «presidencialismo», como se le acusa a Chipenda de «tribalismo», y a Holden Roberto, emparentado con el presidente Mobutu, de ser proyección en Angola de las ambiciones zaireñas. Por lo tanto, el acuerdo de Penina, si bien permite indudablemente a Portugal dejar el juego infernal de una guerra sin esperanza de victoria, no da la seguridad de que no habrá en Angola luchas y candidatos a una victoria consistente en sacar provecho en exclusiva de la independencia.

LA ASAMBLEA NACIONAL DEL PUEBLO CELEBRA SESIÓN

El mismo día 13 de enero se rumoreó que la Asamblea Nacional del Pueblo se había reunido en Pekín. Un rumor no es noticia. Fue preciso esperar hasta el 17 de enero, día de clausura de la sesión, para tener confirmación de que el más importante organismo legislativo chino se había reunido después de casi diez años sin convocarse, aunque la Constitución de 20 de septiembre de 1954 puntualizara que había de celebrar sesión una vez al año. No es ésta la única disposición caída en olvido de aquella Constitución que levantó un edificio gubernamental y administrativo. Su fachada ostentaba algún detalle democrático, pero no podía disimular el carácter totalitario del régimen, por cuanto el Partido Comunista y sus estatutos ocupaban destacado lugar en esa Constitución de 106 artículos que preveía, entre otras disposiciones, la elección por la Asamblea del presidente y el vicepresidente de la República Popular China y confería al presidente, además de la representación del país frente al exterior, el mando supremo de los ejércitos y la presidencia del Consejo de Defensa Nacional. Esa presidencia de la República Popular China, que no era meramente decorativa, fue el último en ocuparla Liu Chao-chi, humillado, vilipendiado y derrocado por la Revolución Cultural, iniciada en 1966. Nadie le sustituyó. Nadie le sustituirá, ya que una de las tareas de la Asamblea del Pueblo ha sido aprobar una nueva Constitución que comprende sólo 30 artículos y que ha abolido el cargo de presidente de la República, lo que implica reforzar el poder del partido con relación a las estructuras del Estado.

Otra de las tareas de la Asamblea ha sido aprobar la lista de miembros del Consejo o Gobierno que el Comité Central del Partido sometió a su consideración, procedimiento que confirma el total predominio del Partido

en la vida china, dado que, según la Constitución abolida, correspondía al presidente de la República designar o cesar al primer ministro. Pero más digno de comentario que esta nueva modalidad de formación del gobierno es la designación de Teng Hsiao-ping para el cargo de primer vicepresidente de los doce vicepresidentes del Consejo, presidido por Chou En-lai, que, pese a sus setenta y seis años y deficiente estado de salud, se mantiene firme en el puesto desde hace veinticinco años. En él resistió los pavorosos embates de la Revolución Cultural, de la que le alcanzó alguna salpicadura, lo que determinó su decisión de maniobrar para poner término, con la ayuda del ejército, a un desbarajuste que amenazaba con sumir a China en la anarquía. Desde luego, la presencia del inteligentísimo, hábil y experimentado Chou En-lai al frente del gobierno chino es garantía de continuidad y moderación en los actos, pese a algún desmelenamiento verbal derivado de la psicología china y de los imperativos de la postura revolucionaria inclinada al tremendismo.

En cambio, la vuelta al poder de Teng Hsiao-ping modifica esta visión un poco estática de la vida política china hasta asemejarla a una noria que gira en torno al eje de unas pocas personalidades inamovibles, mientras que otras hacen de cangilones, ora a plena luz, ora sumidos en el pozo del olvido. La personalidad y el destino del nuevo primer vicepresidente del Consejo chino, o sea, su número dos, es muy representativo de este símil. Nacido en 1904, se trasladó a Francia en 1920, donde permaneció cuatro años. Allí se hizo comunista, y a su regreso a China empezó a desplegar sus actividades revolucionarias. Perteneció, pues, a la primera generación de revolucionarios chinos, artífices de la República Popular. Con el pequeño ejército que había constituido se sumó al grueso del ejército revolucionario que emprendió la Larga Marcha de 12.000 kilómetros y, posteriormente, luchó con denuedo contra el invasor japonés. Miembro del Comité Central en 1945, Teng Hsiao-ping inicia con modestia una carrera política, en la que adquiere notable experiencia en todos los ámbitos, incluso en el de la política exterior. Al crearse en 1953 la Secretaría del Comité Central y del Buró Político, este último, verdadero centro de decisión del Partido, singularmente su grupo permanente, Teng Hsiao-ping es designado secretario general. Es decir, que durante años va a controlar el aparato del Partido, junto con Liu Chao-chi, a quien acompañó a Moscú en 1960 para asistir al Congreso de los 81 Partidos Comunistas. Si no presidió la delegación china en la Conferencia conciliatoria chino-soviética de 1963 fue por quedar aplazada *sine die*.

Iniciada la Revolución Cultural, Teng Hsiao-ping se mantiene todavía en su puesto en la XI Sesión del Comité Central de agosto de 1966. Pero los furiosos ataques de los guardias rojos a partir de finales de ese año lo hacen desaparecer del escenario. Nadie ocupa el cargo de secretario general del Comité Central. Es más, los estatutos del Partido Comunista Chino, aprobados en el IX Congreso, de 1969, ya no mencionan tal secretaría. El cangilón se sumió en el pozo. Sin embargo, superadas las agitaciones a cargo de los guardias rojos, al reorganizarse el Partido en 1971, Teng Hsiao-ping vuelve a la luz del día. Es hombre sumamente útil, en particular por su pragmatismo, tan reprochado por los guardias rojos. Pero el reloj de Pekín ya no marcaba la hora de los guardias rojos, sino la de un pragmatismo, del que fue exponente el sigiloso acercamiento a los Estados Unidos. Todo indica que el reloj chino sigue marcando esa hora. Por lo menos, es la deducción a que lleva la designación de Teng Hsiao-ping al elevado cargo que la enfermedad de Chou En-lai hace aún más importante. Paso a paso, Teng Hsiao-ping escala puestos. ¿Quién sabe hasta dónde llegará, a pesar de su nada juvenil edad? Porque hecho notable, esta asombrosa China que reclama el primer puesto en la lucha revolucionaria mantiene el tradicional respeto a los ancianos, al extremo de que un dirigente sesentón tiene visos de benjamín, ello frente a un mundo occidental, en definitiva conservador, embobado y hasta obsesionado por una juventud a la que no cesa de ensalzar y halagar. ¿Qué se hizo de los retozantes y furibundos guardias rojos? Al parecer, en su gran mayoría, están ocupados en trabajos agrícolas y aprendiendo las virtudes de modestia, disciplina y laboriosidad de los campesinos chinos. En todo caso, ninguno ha hecho carrera política.

Tampoco en el ámbito militar puede alentarse ambición de poder, que es privativo del Partido, una vez eliminadas las divisiones internas existentes en aquél al socaire de la Revolución Cultural y desaparecido Lin Piao, que dejó vacante hasta ahora el Ministerio de Defensa. El nombramiento de Yeh Chien-ying para ese ministerio es muy significativo del orden de prelación reinante en China Popular, o sea, de la decidida supeditación de las fuerzas armadas a las directrices del Comité Central, en definitiva, del grupo permanente del Buró político. Mariscal desde 1955, Yeh Chien-ying es ante todo un militar, extremo que se compagina con su fidelidad a Chou En-lai, como lo demostró durante la Revolución Cultural. Es hombre leal, con experiencia, sin deseos de brillar y bullir. Sus setenta y seis años permiten esperar que se mantendrá fiel a sí mismo hasta el final de su vida. Otro tanto cabe decir de Chu Teh, ochenta y ocho años que con-

templan la Asamblea Nacional popular desde su presidencia, y de los demás ochentones o setentones de la vieja guardia revolucionaria que siguen dirigiendo la singladura de la nao china, junto al indiscutido timonel Mao Tse-tung. Sólo la muerte originará paulatinos relevos a cargo de la segunda generación de revolucionarios chinos, que rondan los sesenta.

Y como episodio pintoresco de la sesión de la Asamblea Popular, se ha dicho que el rumor de su celebración llevó a los periodistas extranjeros acreditados en Pekín a concentrarse en torno al Palacio del Pueblo en busca de confirmación. Nada vieron el día 13 ni siguientes, es decir, no vieron llegar los miles de delegados convocados. Con todo, la sesión se celebró. De ahí la conclusión de que pasadizos subterráneos comunican el edificio de la Asamblea con diversos centros oficiales. ¡Todo es posible en China!

LA CONFERENCIA DE LA OPEP

Entre el discurso inaugural de la Conferencia de la OPEP, iniciada el 24 de enero en Argel, y el comunicado final del día 26, poco se ha sabido de lo que se debatió y acordó en las sesiones, celebradas a puertas cerradas. No obstante, el discurso pronunciado en el acto de apertura por el ministro argelino de Asuntos Exteriores, Abdelazis Buteflika, elegido por unanimidad presidente de la Conferencia, reflejaba claramente la orientación de ese cónclave petrolero, en el que se ha puesto de manifiesto la cohesión existente entre los asistentes, cuando menos en materia de táctica. Es una cohesión que no se limita a los integrantes de la OPAEP, ya que Ecuador, Gabón, Indonesia, Irán, Nigeria y Venezuela se han unido a los países árabes para considerar la postura a adoptar de cara al proyectado diálogo productores-consumidores, sin que se haya puntualizado si están incluidos entre los consumidores los países del Tercer Mundo, singularmente perjudicados por la subida del petróleo.

En realidad, el discurso del señor Buteflika estuvo centrado más que en la táctica en la estrategia, que cabe calificar de global, dado que mencionó la conveniencia de que los países exportadores de otras materias primas se integraran en organizaciones semejantes a la OPEP. Apuntó, pues, a una acción conjunta que, en su criterio, habría de desembocar en «un nuevo orden económico». Es un programa muy ambicioso, ciertamente, pero acaso no tan demagógico ni descabellado como pueden estimar países cuya pros-

peridad se ha nutrido en gran parte del subdesarrollo de otros países, que es lo que ha venido sucediendo hasta no lejana fecha. Que ese propósito de reconsideración a fondo del sistema económico vigente haya provocado reticencias por parte de Irán y Arabia Saudita, preocupados por sus relaciones con los países desarrollados tal cual están planteadas actualmente, no llama a sorpresa. Sin embargo, fue Irán el país que en la Conferencia de Teherán de 1971 promovió la subida sustancial del precio del petróleo. Posteriormente ha apostado parcialmente sus cuantiosas ganancias en la carta de la Europa occidental y, por tanto, está directamente interesado en el sistema existente, el cual, por supuesto, no sufre sólo los embates de la crisis energética. La caída del dólar, que no perjudica a los Estados Unidos, antes bien da pábulo a sus exportaciones, caída que al parecer es irrefrenable, hace correr el riesgo a los países productores, incluidos los reticentes a las grandes reformas por las que aboga Argelia, de que sus contratos suscritos en dólares sufran crueles recortes a la hora de los beneficios, pese a una nueva eventual subida del precio del barril de crudo.

De otra parte, en el discurso del señor Buteflika se formularon verdades de bulto, nunca gratas de oír, pero incontrovertibles. Así, puso el grito en el cielo ante la falsedad de la acusación, que va tomando carta de naturaleza, según la cual la inflación y la crisis que remece el mundo occidental se deriva de la gran subida del precio del petróleo a raíz de octubre de 1973, cuando tal crisis tiene su raíz en la crisis monetaria de los Estados Unidos y el pertinaz desequilibrio de su balanza de pagos, hecho éste que antecede a la decisión del 15 de agosto de 1971, adoptada por el presidente Nixon, de suspender la convertibilidad en oro del dólar, establecida por los acuerdos de Bretton Woods, la de imponer una sobretasa del 10 por 100 a las importaciones y otras medidas de orden interno, todas tendentes a remediar la incipiente crisis, en la que no tenían incidencia alguna los precios del crudo. Es decir, que una consideración objetiva de la cuestión lleva a la conclusión de que incluso sin guerra del Ramadán el problema se hubiera planteado en razón de los cambios registrados en la economía mundial. El embargo y las reducciones de suministro sólo fueron el aspecto político de un problema económico, por cuanto ante la inflación contagiosa que, procedente de los Estados Unidos, se pasaba a Europa era absurdo pensar que el precio del petróleo había de mantenerse incambiado. Porque la afirmación de que gran parte del tinglado del desarrollo y la sociedad de consumo a lo loco se ha levantado sobre la base de la energía barata es difícilmente discutible. Ello ha permitido a los países consumidores no

sólo prosperar, sino despilfarrar, causa principal de una inflación que amenaza ahora con descapitalizar a los países consumidores, como antes el fácil desarrollo descapitalizaba a los países productores.

Es decir, que algo no funciona en el complejo mecanismo financiero mundial, por cuanto obliga a que «la risa vaya por barrios», según expresión vulgar pero muy gráfica. De ahí que, desechando el viejo formulario de recetas para poner en razón a países que, en definitiva, no carecen de razón, o sea, renunciando a las cañoneras y al *big stick*, urja un diálogo en busca de soluciones basadas en la cooperación, y no ya en la agria relación de vendedor y comprador, ambos preocupados de sacar el máximo provecho. Lo preocupante es que los Estados Unidos no parecen haber hecho alto ante la propuesta de programa de futuro formulado en Argel, programa que no está en su punto, como sugiere la convocatoria del 22 al 27 de febrero de una reunión en la «cumbre», a celebrar asimismo en Argel. En efecto, coincidiendo con la conferencia de la OPEP, el vicepresidente Rockefeller, ante la televisión, ha mencionado la necesidad de «estudiar el problema de la energía a escala mundial» y evocado dramáticamente la encrucijada en que se encuentran las democracias. Ello después de las amenazas bélicas del doctor Kissinger —premio Nobel de la Paz— y del propio presidente Ford hacen temer que las huestes consumidoras de países desarrollados, encuadradas en la Agencia Internacional de la Energía —con exclusión de Francia— tengan que desempeñar no sólo ante la OPAEP, sino también ante la OPEP, el papel de instrumento de presión y coacción, que de antemano les asignan los países productores de petróleo, en lugar del papel de interlocutor susceptible de afanarse en buscar las bases en que asentar la relación exportador-importador, cuyos intereses no son tan diametralmente opuestos como parece a primera vista, ya que se necesitan mutua e imperativamente. ¿Qué sería de los países productores si mataran la gallina de los huevos de oro? Una gallina que, a su vez, necesita del productor para seguir poniendo huevos de oro.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

